Marzo 2025 | #276

Columna Invitada

Cuando la ciencia incomoda: conservación en tiempos de crisis

por María Victoria Brizio

Grupo de Herpetología Patagónica, Instituto Patagónico para el Estudio de Ecosistemas Continentales (IPEEC- CONICET), Puerto Madryn, Chubut, Argentina.

Huesos de cinco centímetros y escamas diminutas lograron pausar inversiones millonarias del Banco Mundial en el yacimiento petrolífero Vaca Muerta. Lo que para muchos es solo una pequeña lagartija, para la ciencia representa un termómetro del equilibrio ecológico de una de las regiones más frágiles de Argentina.

Desde hace casi una década, investigamos a esta especie endémica de las dunas del Bajo de Añelo, en Neuquén. Estos ecosistemas únicos albergan una biodiversidad altamente especializada, entre la que se encuentra la lagartija de las dunas de Añelo (*Liolaemus cuyumhue*). Su situación es crítica. La Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) la ha categorizado como Críticamente Amenazada, el último paso antes de su extinción.

Su presencia en la región no pasó desapercibida. Cuando los planes de desarrollo hidrocarburífero, impulsados por el Banco Mundial, avanzaban sin restricciones, fue este organismo internacional, y no la gestión ambiental local, el que exigió medidas de monitoreo y conservación antes de continuar con el proyecto. Y aquí surge una pregunta inevitable: ¿cómo puede ser que una entidad extranjera se preocupe más por nuestro patrimonio natural que nosotros mismos?

Este conflicto dejó en evidencia una realidad incómoda: la conservación de la biodiversidad está excluida de la agenda nacional. Más allá de esta disputa puntual, las preguntas científicas persisten: ¿De qué manera influyen las actividades extractivas a su densidad poblacional, su ciclo reproductivo o su comportamiento? Y, sobre todo, ¿qué podemos hacer para protegerla?

Sin embargo, por más respuestas que encontremos, la realidad es otra. No existen leyes específicas para regular la conservación de esta lagartija, ni tampoco para unificar y fortalecer los esfuerzos para monitorearla. Esta falta de políticas no es un caso aislado

sino un reflejo de algo más profundo: la desvalorización de nuestro patrimonio natural y de la ciencia en Argentina, y el no reconocimiento de los activos ambientales.

Muchos investigadores dedican años de su vida a generar conocimiento que permitiría tomar decisiones informadas, pero su trabajo es sistemáticamente ignorado. En lugar de respaldarse en la ciencia, el Estado permite que el desarrollo económico avance sin regulaciones ambientales adecuadas. La conservación de la biodiversidad parece un lujo, cuando en realidad es una necesidad urgente.

Este problema no es solamente ambiental, es también social y político. Un país que ignora a su comunidad científica está comprometiendo su propio futuro. La pérdida de biodiversidad es solo una de las tantas consecuencias de un modelo de desarrollo que no valora la generación de nuevo conocimiento. Mientras en otras regiones del mundo se diseñan estrategias de conservación basadas en la ciencia, aquí seguimos debatiendo si debemos proteger o no una especie al borde de la extinción.

Y entonces llega la gran disyuntiva: ¿cómo seguiremos apostando nuestra vida y vocación a esta causa en un país que erosiona su propia comunidad científica? Argentina, que alguna vez fue referente en producción científica, está perdiendo no solo su biodiversidad, sino también el motor del conocimiento. Cada vez es más difícil sostener una carrera en investigación, en un contexto de precarización laboral y falta de financiamiento.

¿Qué dejaremos a las generaciones futuras? ¿Una tierra degradada y un país con menos mentes críticas? Este no es solo un llamado a la reflexión, sino una urgencia. Es tiempo de decidir qué futuro queremos, como científicos, como sociedad y como nación. Porque sin ciencia, sin conservación y sin políticas que las respalden, el único legado que dejaremos será un territorio vacío y una comunidad sin rumbo.